partes alzaban bandera sus enemigos, declarándosele contrarias Castilla la Vieja con sus capitales Burgos y Valladolid, algunas ciudades de Galicia y Extremadura, Pamplona con gran parte de Navarra, y las provincias Vascongadas. Al mismo tiempo Narvaez, sin desperdiciar un instante, poniéndose en movimiento desde la ciudad de Valencia se habia encaminado á Aragon al frente de poco mas de mil hombres, presentando su costado á Espartero, aunque no á su inmediacion, tampoco á distancia muy considerable, sin que el regente diese muestras de salir de su ociosa residencia en Albacete. Serrano con Prim, tambien dueños de Cataluña, iban á pisar los términos de Aragon bastante mas arriba de los lugares por donde venian los valencianos. Delante de ellos se venian retirando Seoane y Zurbano, desamparados á menudo por las tropas que se quedaban detras y por las guarniciones que dejaban en las plazas. Llegaron por fin estos dos generales á Zaragoza, y, poniendo sus soldados en una poblacion parcial casi toda del duque de la Victoria, consiguieron afirmar en ellos la vacilante fidelidad, sucediendo, como suele ser, que de los pensamientos y afectos de los pueblos donde residian participase la tropa. Pero ínterin ocupaban á Zaragoza las fuerzas del regente, las de Narvaez se habian arrojado á dar socorro à Teruel, declarada contra el gobierno y sitiada por un cuerpo mandado por el brigadier Enna, siendo á aquellas tan propicia la fortuna, que no solo compelieron á retirarse á los sitiadores, sino que lograron de muchos de ellos que en batallones enteros se viniesen á sus filas. No paró aquí el atrevimiento del temido rival de Espartero, pues, aventurando mucho, segun su costumbre, aunque precavido y diestro en su audacia, se interpuso entre Zaragoza con el ejército de Seoane y Zurbano dentro, y Madrid en la cual dominaban los amigos del regente, y tuvo la fortuna de que de Calatayud se viniese con él una bastante numerosa fuerza de caballería. Así aumentado su número, fuese sobre la capital de España, aunque sabia que iban á venir contra él las tropas de Zaragoza muy superiores á las suyas en número, y que el regente podria moverse de Albacete hacia el mismo lugar, tambien con superioridad en tropas, al paso que era de temer que Madrid le resistiese. Alentábale sin embargo, y quitaba á su propósito el carácter de una loca temeridad, saber que Serrano y Prim, bien acompañados, seguian á no larga distancia á Seoane y Zurbano, y que de otros puntos de España tambien venian à caer sobre Madrid fuerzas de los levantados en mas de una provincia. Habia tambien esperanza de que en la capital del reino la gente de valia, á la cual era odiosa la dominacion de Espartero, hiciese algo por derribarla, causando embarazo á los que la querían sustentar á todo trance. Parte de estas esperanzas se vieron cumplidas, pero no así todas.

Dos circunstancias favorecieron la empresa de Narvaez. Los sublevados de Castilla la Vieja empezaron á poner por obra su proyecto de presentarse armados á las puertas de Madrid, no desconfiando de entrarla. El primero que se acercó á la capital fué el general Aspiroz, el mismo que habia sido ministro de la Guerra en Valencia en los últimos dias en que gobernó á España la reina María Cristina. Venia este general desde

(c) 2008 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación